

MAURICE DUVERGER

**INTRODUCCIÓN
A LA POLÍTICA**

ARIEL CIENCIA POLÍTICA

MAURICE DUVERGER

Profesor de la Sorbona, Universidad de París I

Fundación Universidad de
Bogotá I.T.L.
ALMACEN

INTRODUCCIÓN A LA POLÍTICA

EDITORIAL ARIEL, S.A.
BARCELONA

CONCLUSIÓN

HACIA EL SOCIALISMO

A pesar de sus amplias divergencias, los occidentales y los marxistas se hallan mucho más cercanos, en su concepción de la política, de lo que piensan. Los primeros han renunciado, prácticamente, a un idealismo que disimulaba de manera torpe unos comportamientos concretos completamente diferentes. Así, admiten en la actualidad que los factores socioeconómicos desempeñan un papel importante en el desarrollo de los antagonismos políticos. Si nos situamos en el nivel de una sociedad primitiva, en donde las técnicas son aún rudimentarias, estos factores socioeconómicos son principalmente de carácter geográfico, es decir, dependen sobre todo del clima y de los recursos naturales. Más tarde, se convierten en factores técnicos, esto es, el grado de los bienes de equipo condiciona el nivel de vida, que a su vez condiciona las luchas políticas. Este análisis se conserva alejado de los esquemas marxistas, pero las diferencias estriban, en definitiva, en puntos secundarios. Los occidentales y los soviéticos, en cuanto a lo esencial, creen que el desarrollo técnico es la base de la evolución de las estructuras sociales, de las que depende también la evolución de las luchas y de la integración política. Por su parte, los marxistas comienzan a dar más importancia a los factores culturales, aunque mantienen siempre formalmente la distinción entre la base y las superestructuras. En la práctica reconocen a éstas una influencia y una

autonomía crecientes. Es indudable que piensan que los factores culturales continuarán siendo secundarios con respecto a los factores socioeconómicos, al menos en la fase actual del desarrollo humano. Pero son muchos los occidentales que tienen la misma opinión, la cual sin duda tiene ciertos fundamentos. Incluso las teorías psicológicas no son convincentes a este respecto, puesto que los temperamentos y los complejos psíquicos y hasta el mismo "yo", dependen probablemente más del ambiente social que de las facultades innatas. También se puede aducir el hecho de que tanto los marxistas como los occidentales subestimen la influencia de los sistemas de valores: creencias desinteresadas, ideales, grandes proyectos, desempeñan un papel político fundamental, que inclusive parece acrecentarse a medida que la elevación del nivel de vida permite a todos los hombres liberarse del *primum vivere* para llegar al *deinde philosophare*. Este error es común a ambas doctrinas, por lo que se puede afirmar que las une más que las separa.

En lo que se refiere al paso de la lucha a la integración, el acercamiento es aún más evidente. Los programas de Kruschchev, relativos al comunismo de 1980, se asemejan peregrinamente a las descripciones del *American way of life*, formuladas al otro lado del Atlántico. La imagen occidental de la sociedad de la abundancia, confortable y despolitizada se encuentra muy cerca de la imagen soviética de la fase superior del comunismo y de la desaparición del Estado. Las dos pecan por el mismo exceso de optimismo. Es evidente que los occidentales y los marxistas no poseen la misma visión global de la política, pero unos y otros no imaginan ya universos radicalmente diferentes en los que sería imposible una medida común. En adelante, las semejanzas entre sus concepciones respectivas serán casi tan fuertes como sus diferencias.

La convergencia de las evoluciones de hecho es probablemente aún más fuerte. Aparentemente, como hemos dicho, los dos mundos desarrollados — el Este y el Oeste — se encuentran inmutables cada uno en su posición, sin que exista la posibilidad de una conversión posible de uno o de otro. Pero en la realidad, una profunda transformación los va acercan-

do a ambos. La URSS y las democracias populares jamás volverán a ser otra vez capitalistas, y los Estados Unidos y Europa occidental no serán tampoco nunca comunistas, pero ambos parecen encaminarse hacia el socialismo por un doble movimiento: de liberalización en el Este y de socialización en el Oeste. Es probable que este doble movimiento tropiece con enormes obstáculos, que tenga una gran duración, y que comporte muchos retrocesos, pero en definitiva, parece irresistible.

Naturalmente, cada país ve con más claridad la evolución del otro que la suya propia. En Occidente, se ha cobrado conciencia del proceso de liberalización del mundo soviético, ligado al progreso técnico y al desarrollo económico. En las sociedades industriales donde el bienestar parece posible, la aspiración al mismo llega a ser irresistible. Los ciudadanos de los regímenes socialistas desean ardientemente aprovecharse de la vida, de vivir al máximo cada minuto, de probar los frutos de los árboles que la Revolución ha plantado. Y quieren hacerlo con toda tranquilidad, con toda "seguridad", como se decía en 1789, sin el látigo de los amos y el control de la policía. La aspiración a la libertad es inseparable de esta aspiración al bienestar. Se quiere salir del país, ver el extranjero, conocer sus obras. Se quiere expresar sus propias opiniones, decir lo que se piensa, discutir los puntos de vista oficiales y conocer otros puntos de vista. En una palabra, se quiere recorrer todos los caminos, e incluso lo que está más allá, en lugar de permanecer entre dos railes de acero, remolcado por la locomotora del Estado.

Al mismo tiempo, las necesidades del desarrollo técnico obligan a difundir ampliamente una cultura superior, que alimenta el espíritu de comparación, el espíritu crítico, es decir, el espíritu de libertad. Los contactos con el extranjero son esenciales para la investigación científica y el progreso de las inversiones; el *stalinismo* provocó, en el caso de la URSS, importantes retrasos en varios sectores. La multiplicación de los medios de comunicación impide el aislamiento necesario a las dictaduras. Muy pronto, todos los soviéticos podrán ver en sus pantallas la televisión occidental, y sin duda querrán

hacerlo, sin que su gobierno sea capaz de impedirselo. La liberalización será lenta y difícil, y los jefes harán lo imposible para retrasarla. Las crisis internacionales provocarán suspensiones y vueltas provisionales al pasado. Pero toda la evolución económica y técnica impide que la marcha del comunismo hacia el socialismo democrático pueda ser efectivamente paralizada.

Los países del Tercer Mundo tienen en sus manos muchas posibilidades para acelerar o frenar esta evolución. Todo conduce a creer que las naciones proletarias desembocarán un día también, en el camino del socialismo democrático. El problema radica en saber si se comprometerán directamente en éste, o si darán el rodeo por el comunismo o el capitalismo como los otros países. En el primer caso, acelerarán la evolución en pos del socialismo democrático y en el segundo la demorarán. El hecho de que muchos países de África, Asia o Iberoamérica, en los próximos decenios se alineen más o menos en la dirección que marca China, no hará sino frenar la liberalización en la URSS. En principio, porque los stalinistas se verían así reforzados, y en segundo lugar, porque las reacciones inevitables de Occidente harían más frágil la coexistencia pacífica, con el consiguiente despertar de la guerra fría.

No puede formularse ninguna hipótesis de conjunto en cuanto al futuro comportamiento de las naciones subdesarrolladas. Únicamente se podrían definir algunos puntos. El Tercer Mundo no podrá modernizarse por la vía capitalista, debido a que estos países no disponen de capitales internos suficientes. Los capitales extranjeros no se invierten en las naciones proletarias más que si encuentran alguna ventaja, es decir, en la forma de empresas de carácter colonial, mediante la explotación de una riqueza concreta natural que sea excepcional, sin que exista la preocupación de guardar el equilibrio general del país (plátanos en América central, azúcar en Cuba, diamantes en Katanga, petróleo en diversos países, etc.). Sin embargo, permitir que los capitales extranjeros creen empresas de este tipo durante un cierto tiempo y nacionalizarlas después puede ayudar a la industrialización de los países sub-

desarrollados. Esta técnica la han utilizado éstos con frecuencia, en la medida en que las empresas colonialistas no dominan a sus gobiernos, por medio de policías o militares.

La implantación directa de un socialismo realmente democrático parece también estar excluida. Hemos dicho ya que las estructuras de las naciones proletarias hacen muy difícil el funcionamiento de la democracia y el desarrollo de las libertades. El socialismo del Tercer Mundo será necesariamente autoritario. La elección se limita, en definitiva, al grado de autoridad y a la forma del socialismo. No es seguro que la vía más brutal sea la más eficaz. El modelo chino continúa siendo discutible a este respecto. Pero por el instante no existe ningún otro. Es posible imaginar un socialismo menos violento, que al mismo tiempo que desarrollase algunas libertades políticas constituyese una primera etapa hacia el socialismo democrático. Varios países, en África y en el Oriente Medio, buscan su vía en esta dirección, pero no se puede afirmar que hasta ahora la hayan encontrado.

La socialización del Oeste probablemente será más larga y más difícil aún que la liberalización del Este. Pero, del mismo modo, parece imposible de evitar. Seguramente no seguirá la vía trazada por el marxismo. La lucha de clases se debilita más bien que se agrava en las sociedades industriales y la revolución proletaria es tanto más difícil en ellos cuanto que nadie tiene ya un espíritu revolucionario y el proletariado se halla en vías de desaparecer. Sin embargo, asistimos al desarrollo de tres hechos masivos, cuyas consecuencias no parecen valorarse por parte de los occidentales: la superioridad técnica de la producción planificada sobre la producción capitalista; la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas; y por último, la desvalorización misma de estos principios.

Los mismos economistas americanos han cobrado conciencia de la inferioridad del capitalismo en el sector terciario. Muchos servicios no pueden asegurarse convenientemente más que por la colectividad, y a costa del olvido total de las reglas de la rentabilidad, es decir, únicamente por métodos so-

cialist 3. Ahora bien, cuanto más desarrolladas son las sociedades, más importante es el sector terciario y más condiciona el conjunto de la economía. De manera más general, la superioridad del socialismo sobre el capitalismo no es otra cosa, sino la superioridad de la organización sobre la falta de organización. El capitalismo asegura una organización a veces excelente en el interior de las compañías y de las empresas, pero por su propia naturaleza resulta insuficiente en el marco de una economía global. Mientras que las técnicas de la previsión continúen estando poco desarrolladas, ninguna organización general de la economía será posible. En este nivel, el socialismo es inferior al capitalismo, porque la coordinación de conjunto de la producción, al seguir un plan en el que se ajusta cada parte al todo, continúa siendo todavía más vasta, aproximativa y menos satisfactoria que la coordinación establecida espontáneamente por los mecanismos de la competencia. Los progresos del análisis económico han cambiado la situación, y, así, por imperfectas que sean todavía las técnicas de previsión, permiten ya establecer planes que tienen como resultado una mejor coordinación que la que se desprendería de la libre empresa y de las leyes de mercado. Y sin duda, su precisión progresará en los próximos años.

Esta planificación global no es posible en el marco del capitalismo. Cada empresa puede establecer planes por su propia cuenta, basados en análisis y en cálculos que afectan a su rama de actividad. Pero estos planes son necesariamente erróneos, desde el momento en que no pueden tener en cuenta factores generales del comportamiento de los consumidores, de la evolución de los costes de las materias primas y de la mano de obra, etc. En el sistema capitalista, la planificación y la organización pueden alcanzar, como máximo, el nivel de una categoría de producción, por el desarrollo de los acuerdos y de los trusts. Pero en el régimen capitalista no puede existir una planificación y una organización global que recoja a la sociedad entera. Únicamente, el poder político, el Estado, pueden aplicar las técnicas de cálculo y de previsión a toda la colectividad y basar en ellas un plan de conjunto. Este plan no tiene significación en el caso de que las diferentes

actividades privadas no sean obligadas a someterse a él. Esta coerción implica en sí misma la limitación de la libertad de los propietarios de las compañías, base fundamental del capitalismo.

Así, la evolución tiende al socialismo, por un proceso que podríamos resumir así: 1.º el desarrollo técnico permite la organización global de la economía; 2.º esta organización global es más eficaz que los ajustes aproximados que resultan de la competencia; 3.º dicha organización no puede ser realizada en un sistema capitalista; 4.º éste llega a ser cada vez menos eficaz para satisfacer el conjunto de las necesidades sociales e individuales y 5.º, por consiguiente, tiende a desaparecer para dejar paso a un sistema de producción planificada, que implica la desaparición del poder de los propietarios de las empresas, en cuanto a las decisiones fundamentales (volumen de las inversiones, orientación de la producción, etc.). Dicho esto, dos formas de socialización son concebibles: la supresión pura y simple de la propiedad privada de los instrumentos de producción, es decir, del socialismo en el sentido corriente, o la disminución de las prerrogativas de los propietarios que, por otra parte, son mantenidos en su función.

El capitalismo puede seguir dos vías en su evolución hacia el socialismo, análogas a las que siguió la autocracia para dejar paso a la democracia: la vía de la República o la vía de la monarquía británica. Es posible imaginar que los propietarios de las empresas no tengan un día, en éstas, más poderes de los que tiene la reina de Inglaterra en la actualidad. Esta evolución ha comenzado ya en muchos países occidentales, en los que la empresa ha dejado de ser una monarquía absoluta para convertirse en una monarquía constitucional. François Bloch-Lainé ha elaborado la teoría de este capitalismo "orleanista". Si el movimiento se prosigue hasta su término, falta por saber en qué se basaría el mantenimiento de los monarcas-empresarios y el de su "lista civil", es decir, de sus beneficios. Sin embargo, el sociólogo comprueba que las instituciones permanecen mucho después de que han dejado de ser útiles, con tal de que no sean demasiado molestas.

Es indudable que la planificación global de la economía

comporta algunos inconvenientes. Los errores de previsión inevitables, las detenciones implicadas por la coordinación de los esfuerzos, las "pérdidas de carga" a lo largo de las transmisiones administrativas, son cosas que disminuyen la eficacia del sistema. El exceso de centralización produce serios defectos, de los que se podrían aducir varios ejemplos por lo que respecta a la URSS y a las democracias populares. El problema de la descentralización necesaria no es fácil de resolver. No obstante, muchos defectos de la planificación se deben todavía a su imperfección actual, pero se corregirán progresivamente. De todas maneras las pérdidas que resulten de la planificación son menos graves que las que produce el enorme despilfarro de las economías capitalistas desarrolladas. Medimos mal, por encontrarnos dentro, el absurdo vertiginoso de un sistema que descansa cada vez más en la creación de necesidades artificiales por la publicidad con el fin de vender productos inútiles, que no reportan una verdadera satisfacción a los consumidores, todo ello con el fin de asegurar el beneficio de capitalistas que pueden, así, procurarse un poco más de objetos igualmente inútiles. La superioridad de la planificación no se debe únicamente a la organización de los medios, sino a la definición de los fines. Esta planificación supone un desarrollo normal, coherente y orientado, en vez de los movimientos aberrantes de la economía capitalista, que hacen pensar en los de los animales, a quienes se les ha suprimido el cerebro, en las experiencias de vivisección.

Tropezamos ahora con el segundo factor de la evolución de Occidente hacia el socialismo: la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas. Por su propia naturaleza, el capitalismo es antisocial, puesto que centra la actividad de cada individuo sobre sí mismo confinando cada hombre en su egoísmo. Hacer del interés personal el motor esencial de la vida colectiva, no es sino suprimir todo carácter verdaderamente colectivo y destruir el principio de toda sociedad, que es la solidaridad de sus miembros. En el sistema capitalista, esta solidaridad asegura únicamente una mejor satisfacción de los intereses individuales, y un desenvolvimiento más completo de

los egoísmos. La teoría del “servicio social” no es más que una simulación publicitaria. El productor no busca “servir” al consumidor, sino realizar el máximo de beneficio. Incluso, aunque fuese verdad que al perseguir de este modo su interés personal asegurase la mejor satisfacción posible de las necesidades de todos, esta orientación egoísta de toda la actividad humana no dejaría de ser menos contraria a una verdadera vida comunitaria.

El paralelismo entre el desarrollo contemporáneo del confort y el de la soledad, entre el crecimiento de la interdependencia material de los hombres y el debilitamiento de sus sentimientos de solidaridad, es una buena muestra de este vicio fundamental del capitalismo. El renacimiento del sentimiento religioso en Occidente procede probablemente de aquí. El cual parece que se basa más que en la necesidad de una transcendencia y de una eternidad, en la sed de una comunión entre los hombres, oponiéndose directamente a los principios mismos del capitalismo. Entre el cristianismo y el capitalismo, ha existido siempre una contradicción fundamental. Cuando las sociedades occidentales reivindican a la vez uno y otro, pretenden servir a dos señores incompatibles; en la realidad no sirven más que a uno y el otro queda reducido a un papel de coartada. En una primera fase, el cristianismo sirvió, principalmente, para enmascarar al capitalismo. Cabe preguntarse si no nos aproximamos a una segunda, en la que la vuelta a un cristianismo más auténtico contribuiría a destruir las bases mismas del capitalismo, y en la que la religión dejaría de ser “el opio del pueblo”, para contribuir a su rescate.

La superioridad de la planificación sobre la anarquía y la imposibilidad de construir una verdadera comunidad sobre la base de los principios capitalistas, lleva ya consigo una desvalorización de éstos. Se puede también afirmar, de manera más profunda y general, que la propiedad privada de los medios de producción, base misma del sistema, pierde gradualmente su legitimidad ante los ojos de los ciudadanos de Occidente. Sus justificaciones prácticas desaparecen una a una. El progreso técnico resulta hoy de investigaciones fundamentales, de naturaleza desinteresada, conducidas con medios

enormes, que únicamente el Estado o instituciones no capitalistas pueden llevar a cabo. Los riesgos son mayores para los asalariados, que no tienen la seguridad del empleo, que para los propietarios de las empresas. La búsqueda del interés personal, como motor de la actividad económica, no significa ya gran cosa para los patronos de las grandes empresas. Este interés puede ser desarrollado, en lo que se refiere a los dirigentes asalariados, por la participación de beneficios. El sistema de la administración funciona tan perfectamente en las sucursales de los almacenes estatales, como en las sucursales de las cadenas capitalistas. La organización de las grandes empresas es más o menos análoga en la URSS y en los Estados Unidos. La competición es posible entre las empresas públicas, en una economía socialista descentralizada, probablemente más que entre los oligopolios privados del capitalismo moderno.

En el plano de los valores, la propiedad privada de los medios de producción es todavía más discutida. La evolución se encuentra menos avanzada en América, pero ya los técnicos y los sabios han logrado situarse en la cúspide de la escala de valores, desbancando así a los empresarios y al "big business". En Europa, la propiedad de las empresas se revela cada vez más en su verdadera faceta: un poder sobre los hombres, de naturaleza hereditaria. Frente a los asalariados, el capitalista es un jefe, un gobernante. Obreros y empleados se encuentran más sometidos a su autoridad que a la del Estado. Más de la mitad de su vida consciente (deducido el sueño) se halla vinculada directamente a ella y, por otra parte, la otra depende también de forma indirecta, por hallarse vinculada al nivel de salarios, a la distribución de los permisos y de las horas de trabajo, etc. Sin duda toda empresa y toda organización capitalista o no, tiene necesidad de un jefe, pero el carácter fundamental de la empresa capitalista, es que la autoridad reposa en ella sobre el mismo derecho divino en que se fundaba el poder en el Estado hace siglos.

Desde este punto de vista, la propiedad privada de los medios de producción es fundamentalmente contraria al sistema de valores occidental. No se admite ya que el hijo suceda al padre en el ejército, en la administración, en la

política, en la ciencia, etc. Por ello, el hecho de que este fenómeno se dé todavía en la economía, es algo que parece cada vez menos natural. En las sociedades industriales, con una mayoría de la población asalariada, en donde los últimos años de vida de cada uno están asegurados por una jubilación, y en donde la educación es más rentable que la herencia, la propiedad privada de los medios de producción no tiene sino un carácter anacrónico. Así, se admite mejor su existencia en las pequeñas empresas familiares que en las grandes empresas, porque en ellas la propiedad privada de los medios de producción se confunde más con la propiedad de los bienes de uso. Pero este tipo de empresas, que están peor adaptadas a las técnicas modernas, desaparece progresivamente. Incluso, en la agricultura, es decir, en el campesinado, la propiedad privada va perdiendo valor. La herencia del poder económico aparece cada vez menos justificable, de igual manera que ocurre con las demás formas de herencia.

Por último, el capitalismo no tiene apenas ya, en Occidente, sino una legitimidad negativa, y así, cada vez se cree menos en sus principios de base. Pero, de todas formas, se prefiere a la sociedad fruto de ellos, que a la única forma de socialismo que ha funcionado hasta ahora: la dictadura comunista. Stalin reforzó al capitalismo desde el momento en que asimiló el socialismo al totalitarismo, de igual modo que los jacobinos reforzaron la monarquía, al asimilar la república con el terror. Las enfermedades infantiles de los nuevos regímenes frenan las evoluciones que conducen hacia ellos, pero no pueden paralizarlas definitivamente. El día en que la URSS y las democracias populares de Europa hayan llegado a un verdadero socialismo democrático, aparecerá la convicción de que el miedo por el comunismo totalitario era el principal fundamento del capitalismo en Occidente. Resulta posible, por otra parte, que el capitalismo desaparezca antes de este día, debido a una evolución interna, y que el socialismo democrático se establezca en el Oeste antes de aparecer en el Este. Pero a este respecto no puede formularse ninguna previsión que sea válida.

Una sola cosa parece cierta: la convergencia de las evolu-

ciones del Este y del Oeste hacia el socialismo democrático (los países del Tercer Mundo marchan también en el mismo sentido, pero con un desfase importante). Sin embargo, esta convergencia continúa siendo limitada, ya que las diferencias de culturas y de tradiciones son demasiado profundas para desaparecer por completo en un día cercano: las nuevas estructuras no suprimen, nunca, completamente los sistemas de valores y las mentalidades engendradas por las viejas estructuras. Exactamente igual que los hombres no se evaden del pasado, las sociedades no se liberan totalmente de su historia. El hecho mismo de que los marxistas hayan comenzado en principio por la socialización y después hayan desarrollado la liberación en el marco así creado, mientras que los occidentales han establecido primero la democracia política, construyendo el socialismo después — aunque siempre dentro de esta democracia política y basándose en ella — basta para negar que el Este y el Oeste desemboquen, finalmente, en el mismo tipo de régimen, aunque el progreso técnico general conduzca a la uniformidad.